

DOMINGO V TIEMPO ORDINARIO

Isaías 6, 1-2a. 3-8 Corintios 15, 1-11 Lucas 5, 1-11

**“Remad mar adentro,
y echad las redes para pescar”**

7 Febrero 2010 P. Carlos Padilla Esteban

“DEJÁNDOLO TODO, LO SIGUIERON”

Hace poco escuchaba hablar de la “*generación Ni-Ni*”: “El día a día para ciertos jóvenes españoles consiste en hacer... nada. Un 15% de los chicos y chicas de entre 16 y 24 años no tiene trabajo y tampoco estudia”. No sabía que existía una generación con ese nombre, realmente me sorprende. Hacen del ocio su única ocupación. Y todos sabemos lo difícil que es utilizar bien el tiempo de ocio. El hombre moderno no sabe ni disfrutar del silencio, ni aprovechar bien el tiempo libre, para algo que le dé vida. Es normal entonces, que, a los chicos en esas edades, les cueste más aprovechar un día de 24 horas sólo para no hacer nada. Sócrates retrata en una frase algo de esa realidad: “Los jóvenes de hoy aman el lujo, tienen manías y desprecian la autoridad. Responden a sus padres, cruzan las piernas y tiranizan a sus maestros”. Muchos jóvenes se dejan llevar y caen en actitudes como éstas, sin embargo, muchos otros no son así. Conozco a muchos que sueñan con hacer algo grande con sus vidas, que no se contentan con lo que el mundo les ofrece. Pensaba en tantos jóvenes que sí estudian o trabajan y tratan de descubrir qué hacer con sus vidas. Muchos no pertenecen a esa generación ni a la descripción que hace Sócrates. Por eso rescaté otra frase interesante: “Educar a un joven no es hacerle aprender algo que no sabía, sino hacer de él alguien que no existía”. John Ruskin, (escritor y sociólogo británico del S. XIX), pone el acento en la importancia de la educación. Educar es generar, dar vida, despertar la vida dormida. Es fundamental sacar la obra de arte escondida en la piedra. Así lo hizo Jesús y así estamos llamados a hacerlo nosotros.

En cada joven hay un sueño por realizar, mil proyectos por llevar a cabo. Una obra maestra que aún está por hacer. Sacar lo mejor de cada uno, el sueño de Dios para su vida, es nuestra tarea. Hablando de juventud, qué mejor que recordar a Juan Pablo II: “La humanidad entera tiene una necesidad imperiosa del testimonio de jóvenes libres y valientes, que se atrevan a andar a contracorriente y a proclamar con fuerza y entusiasmo su propia fe en Dios, Señor y Salvador”. Hacen falta jóvenes idealistas y soñadores que no se aburguesen y aspiren a subir a lo más alto. Jóvenes que no se replieguen egoístamente sobre sí mismos y estén dispuestos a darlo todo. El otro día escuchaba el testimonio de un joven: “Los jóvenes no queremos ser medidos por las horas de trabajo sino por los objetivos, y no queremos que nuestra vida gire en torno al empleo. Queremos trabajar para vivir y no al revés”. Pero, ¿A qué están dispuestos los jóvenes? ¿A qué aspiran? ¿Qué quieren hacer con sus vidas? ¿Están dispuestos a dejarlo todo y a seguir al Señor?

Pensaba que hoy muchos cristianos pertenecen a la generación del ni-ni. Ni fríos ni calientes, son tibios. Yo no quiero ser tibio, preferiría ser frío. Pedro, Andrés, Juan y Santiago eran jóvenes y tenían ya su vida hecha. Tal vez eran algo tibios. Eran pescadores y no pensaban cambiar de vida. Sin embargo, al encontrarse con Jesús, todo cambia y son capaces de dejarlo todo para seguir sus pasos: “Y es que el asombro se había apoderado de él y de los que estaban con él, al ver la redada de peces que habían cogido; y lo mismo les pasaba a

*Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, que eran compañeros de Simón. Jesús dijo a Simón: «No temas; desde ahora serás pescador de hombres.» Ellos sacaron las barcas a tierra y, dejándolo todo, lo siguieron». Lucas 5, 1-11. S. Agustín aclara: “No nombra a S. Andrés, el cual debía estar en la misma barca como dicen S. Mateo y S. Marcos (Mc 1, 16-20)”. Los otros evangelistas no hablan de esta pesca milagrosa y sitúan la llamada vocacional en otro momento. El contenido, eso sí, es el mismo, Dios llama y los discípulos, que son jóvenes, lo dejan todo y le siguen. El asombro se apodera de ellos por el milagro presenciado y siguen al Maestro. Siempre que oímos hablar de vocación sorprende la celeridad con que lo dejan todo. No piensan en las pérdidas, en la vida pasada que ya no será suya de nuevo. No calculan lo que tienen por delante como promesa de plenitud y lo que les costará seguir los pasos del que les llama. No temen poder caer en la infidelidad, no escuchan sus propios miedos. No dudan, salen al encuentro y siguen poniendo en sus labios las palabras de Isaías: “Entonces, escuché la voz del Señor, que decía: « ¿A quién mandaré? ¿Quién irá por mí?» Contesté: «Aquí estoy, mándame.» Isaías 6, 1-2a. 3-8. Hacen falta jóvenes así, que no tengan miedo y den su vida por Cristo. **Hacen falta vocaciones que se consagren por entero a Dios y lo den todo. Igual que Pedro y los demás apóstoles.***

Pablo Domínguez, sacerdote de Madrid que falleció hace casi un año, **describía de esta manera la actitud de los que escuchan y siguen la invitación de Dios**: “Que Dios nos conceda vivir en éxtasis, salir de nosotros mismos, olvidarnos de lo propio y vivir totalmente entregados a la misión de la Iglesia”¹. Sin embargo, no siempre es así de fácil, y, para llegar a ese sí auténtico y pleno, hace falta recorrer un camino. Esto no sólo vale para los jóvenes que están decidiendo qué hacer con sus vidas. Vale para todos nosotros que ya estamos en un camino muy concreto y podemos quedarnos sentados sin descubrir la radicalidad de vida a la que Dios nos invita. Vale para nosotros porque siempre tenemos que preguntarnos si estamos siguiendo los pasos del Señor en nuestra vocación personal o estamos haciendo un camino sin contar con Él. **El camino comienza navegando mar adentro, dejando la orilla y sus seguridades, abrazando sueños imposibles.**

Primer paso: la fe. Todo comienza con un acto de confianza: se fían de Jesús. Los pescadores conocían muy bien su trabajo. Sabían cuándo se podía pescar y cuándo no merecía la pena intentarlo. Llevaban toda la noche pescando y no habían logrado nada: “Cuando acabó de hablar, dijo a Simón: «Remad mar adentro, y echad las redes para pescar.» Simón contestó: «Maestro, nos hemos pasado la noche bregando y no hemos cogido nada; pero, por tu palabra, echaré las redes.» La obediencia en la fe es el camino de los que confían. ¡Cuánto nos cuesta confiar en las personas! Siempre pensamos que nosotros tenemos la razón o que nuestro juicio sobre la realidad es el más acertado. Siempre nos empeñamos en seguir nuestra forma de hacer las cosas y cambiar nos parece una pérdida de tiempo. **¿Cómo se fiaron de Jesús que no era pescador?**

Ellos se fiaron desde el momento que dejaron a Jesús entrar en su barca. Tal vez la vanidad, el orgullo de tener a Jesús tan cerca, acabó con Pedro. Le dejó entrar en su barca, en su vida y se complicó todo. Si no hubiera dado ese paso hubiera seguido siendo un buen pescador de peces. Por eso nosotros nos resistimos a que Jesús entre en nuestra vida. Así estamos más tranquilos. Dios parece proponernos algo imposible: navegar mar adentro de nuevo y echar las redes. Cuando todo parecía inútil, los apóstoles se fiaron. Fiarse es el comienzo de un camino que nos lleva donde Dios quiere. **¿Nos fiamos de Dios?** Hace falta mucha fe para fiarse de Él. La fe comienza cuando somos capaces de escuchar a Dios y sorprendernos: “En aquel tiempo, la gente se agolpaba alrededor de Jesús para oír la palabra de Dios, estando él a orillas del lago de Genesaret. Vio dos barcas que estaban junto a la orilla; los pescadores habían desembarcado y estaban lavando las redes. Subió a una de

¹ PABLO DOMÍNGUEZ, *Hasta la cumbre, testamento espiritual*, 139

las barcas, la de Simón, y le pidió que la apartara, un poco de tierra. Desde la barca, sentado, enseñaba a la gente". Es necesario escuchar para poder saber lo que Dios nos pide. Para ello hemos de dejar que Cristo se suba en nuestra barca y nos pida que la alejemos algo de la seguridad de la tierra. Los pescadores estaban tan tranquilos en sus tareas y Cristo viene meterse en sus vidas. Preferimos seguir en nuestro mundo, en nuestras cosas. Nos gustan más nuestras tareas porque ellas nos distraen y no dejan que perdamos el poco tiempo que tenemos. **Dejar que Jesús suba a la barca supone cambiar los planes, es una verdadera invasión, ¿Cómo lograremos sacarlo una vez que esté dentro?**

El Segundo paso: Asombrarnos con los milagros de Dios. "Y, puestos a la obra, hicieron una redada de peces tan grande que reventaba la red. Hicieron señas a los socios de la otra barca, para que vinieran a echarles una mano. Se acercaron ellos y llenaron las dos barcas, que casi se hundían". Los evangelistas recogen otro relato de una pesca milagrosa. **Se trata de Juan:** "Muchachos, ¿no habéis pescado nada?" "Nada" -le contestaron. Jesús les dijo: "Echad la red a la derecha de la barca y pescaréis". Así lo hicieron, y luego no podían sacar la red por los muchos peces que habían cogido". Jn 21, 5-6. **Como nos dice S. Agustín:** "S. Juan parece contar el mismo milagro pero es otro muy distinto, y que se verificó después de la Resurrección de Jesús. En el milagro que describe S. Juan se dice que arrojó la red a la derecha y pescaron sólo 153 peces; grandes en verdad y tanto que a pesar de ello las redes no se rompieron. En S. Lucas se rompián las redes por los muchos pescados que habían cogido". **Comenta S. Ambrosio:** "Los que antes nada habían cogido ahora hacen una gran pesca con la Palabra de Dios".

El milagro de los peces hace surgir el sentimiento de indignidad porque no comprenden cómo ha ocurrido todo. Ellos, con su propia fuerza, no lograron nada; sin embargo, apoyados en su fe, en la palabra de Dios, vieron las redes llenas. La indignidad es un sentimiento que aleja a muchas personas de Dios. Nos sentimos pecadores e impotentes y pensamos que, por eso, ya no merecemos la misericordia de Dios. **Isaías tuvo esa experiencia:** "Yo dije: « ¡Ay de mí, estoy perdido! Yo, hombre de labios impuros, que habito en medio de un pueblo de labios impuros, he visto con mis ojos al Rey y Señor de los ejércitos.» Y del mismo modo **Pedro:** "Al ver esto, Simón Pedro se arrojó a los pies de Jesús diciendo: «Apártate de mí, Señor, que soy un pecador.» El sentimiento de indignidad bloquea el corazón que no se atreve a acercarse a Dios cuando Él se acerca al hombre. Entonces, aún sabiendo lo que nos conviene y atrae, no somos capaces de darlo todo. Nos justificamos diciendo que no somos dignos, pero, en realidad, es la cobardía la que nos atenaza. Es verdad que hace falta mucha fe para invitar a Jesús a nuestra barca y dejar que se quede. Más fe necesitamos todavía para remar mar adentro, dejando las seguridades de la playa. Aún más fe es imprescindible para echar las redes de nuevo al agua, cuando pensamos que es inútil hacerlo. No obstante, el verdadero salto de fe viene cuando somos testigos del milagro que nos supera y pensamos que nosotros no somos dignos para estar cerca de Dios. En ese momento en que la debilidad nos bloquea es necesario creer más allá de lo imposible. Estamos ante el verdadero milagro del Evangelio de hoy. Se trata de esa fe en Jesucristo, que nos permite el milagro de seguir a Jesús donde Él quiera llevarnos, sabiendo que la llamada es un don y no un premio por nuestro valor y virtud.

Pero para dar ese salto de fe es necesario un tercer paso: La purificación. Justo esta semana hemos celebrado la fiesta de la Presentación del Niño Jesús en el Templo. Tanto el nombre de Candelaria como el de Purificación tienen su origen en la fiesta que celebra la Iglesia el cuadragésimo día del Nacimiento de Jesús. Con la purificación de la madre y la presentación del hijo en el templo, quedaba cerrado en la ley judaica el ritual que acompañaba el nacimiento de un niño. En esta fiesta Simeón y Ana descubren el sentido de sus vidas. Han visto al Señor y pueden descansar en paz. No se sienten indignos, porque han sido dignificados con la presencia del Salvador. La fiesta de la

Candelaria viene del verbo latino candere, que significa brillar por su blancura, estar blanco o brillante por el calor, arder, abrasar, se forma en español la palabra candela; y Purificación del griego pur (pyr), que significa fuego, y procede la palabra latina purus /pura, que contiene también la idea de seleccionar, de elegir. Ambos nombres, pues, encierran la idea del fuego. **La fiesta de la Candelaria se llama así porque en ella se bendicen las candelas que se van a necesitar durante todo el año, a fin de que nunca falte en las casas la luz tanto física como espiritual.**

La profecía de Simeón hace vislumbrar las perspectivas de su sufrimiento: “*Una espada te atravesará el alma*”. **María, gracias a su íntima unión con la persona de Cristo, queda asociada al sacrificio del Hijo.** La purificación y el fuego llevan consigo el dolor del sufrimiento. El corazón de María guarda todo en su interior. No comprende y no sabe, sólo acoge el misterio que la desborda, que la hace incapaz. Seguramente en su corazón de hija, de esclava del Señor, se siente indigna. Ha visto la grandeza de Dios, ha visto su actuación milagrosa en su vida, y está desbordada. María, nuestra Madre y educadora, nos enseña cómo aceptar el camino de la purificación. Todos necesitamos dar este paso en que seamos capaces de entregar el corazón sabiendo que una espada lo puede atravesar. María es siempre la Madre que nos educa para dar el salto de fe, para dejarnos purificar por el contacto con el fuego del amor de Dios. Ella lo hizo y nos lo enseña. Las palabras del P. Kentenich hoy nos muestran la hondura de nuestro anclaje en el **corazón de María:** “*Ella ha dado vida y un empeño ejemplar a nuestra ansia de santidad. A ella le debemos un fino olfato para la pureza y la castidad, el sentido para desarrollar una paternidad y una maternidad noble y creadora y el impulso hacia un amor ardiente a Dios y a las almas. Ella ha estado atenta para que, a pesar de nuestras constantes faltas, recobremos siempre el coraje para levantar de nuevo las manos a las estrellas*”². **Ella es nuestra luz y esperanza. Se mantiene firme y nos regala firmeza. Nos enseña a aceptar que es Dios quien nos capacita.**

Un cuarto paso: Saber y aceptar que es Dios el que elige. La purificación en Dios nos regala la luz que no pasa. Es la luz de la esperanza y la vida verdadera. En esta fiesta recordamos a todos aquellos que son **consagrados**, que han sido elegidos para vivir muy cerca de Dios, en Dios. **Decía Santa Teresa de Jesús:** “*¿Qué sería del mundo si no existieran religiosos?*” **El salmo** refleja el espíritu de aquellos que le han dicho sí a Dios y lo han seguido dejándolo todo: “*Delante de los ángeles tañeré para ti, Señor. Te doy gracias, Señor, de todo corazón; delante de los ángeles tañeré para ti, me postraré hacia tu santuario. Daré gracias a tu nombre: por tu misericordia y tu lealtad, porque tu promesa supera a tu fama; cuando te invoqué, me escuchaste, acreciste el valor en mi alma. Que te den gracias, Señor, los reyes de la tierra, al escuchar el oráculo de tu boca; canten los caminos del Señor, porque la gloria del Señor es grande. Tu derecha me salva. El Señor completará sus favores conmigo: Señor, tu misericordia es eterna, no abandones la obra de tus manos*”². Sal 137, 1-2a. 2bc-3. 4-5. 7c-8. María es la primera consagrada. Es la primera que siguió al Señor y se dejó hacer por Él. Ella es la portadora de la luz que es esperanza. Porque los consagrados reflejan en sus vidas el signo de su elección. Ellos no han elegido, Dios los ha elegido a ellos. Y nos recuerdan que, como al pueblo judío liberado de la esclavitud, nosotros somos salvados para una vida nueva: “*Y cuando mañana tu hijo te pregunte: ¿Qué significa esto? Le responderás: Con mano fuerte nos sacó el Señor de Egipto, de la esclavitud (...) Será para ti como señal sobre el brazo y signo en la frente de que con mano fuerte te sacó el Señor de Egipto*” Ex 13, 11-16. Muchas veces nos podemos sentir indignos, como Pedro, como Isaías. Sin embargo, no es nuestra elección, no nos consagramos porque así lo queremos. Dios nos toma en nuestra pobreza para vivir en Él. Dios nos hace tuyos, nos purifica con su fuego y nos hace signo de su amor indiviso. Somos propiedad suya para siempre. **Es vocación a la que el corazón sólo puede responder desde la experiencia de la propia pequeñez y desvalimiento.**

² J. KENTENICH, *Historia de un hombre libre*, E. T. Gil de Muro, 165

El Quinto paso: Dios capacita a los que elige. Esto nos deja mucho más tranquilos. **Así fue con Isaías, que se sentía impuro:** “*El año de la muerte del rey Ozías, vi al Señor sentado sobre un trono alto y excuso: la orla de su manto llenaba el templo. Y vi serafines en pie junto a él. Y se gritaban uno a otro, diciendo: « ¡Santo, santo, santo, el Señor de los ejércitos, la tierra está llena de su gloria!» Y temblaban los umbrales de las puertas al clamor de su voz, y el templo estaba lleno de humo. Y voló hacia mí uno de los serafines, con un ascua en la mano, que había cogido del altar con unas tenazas; la aplicó a mi boca y me dijo: «Mira; esto ha tocado tus labios, ha desaparecido tu culpa, está perdonado tu pecado.»* Igual que Pedro que experimenta la mano liberadora de Jesús. **Como Pablo, que relata cómo Dios se dignó llamarlo** después de todo lo que había hecho contra Él: “*Después se le apareció a Santiago, después a todos los apóstoles; por último, como a un aborto, se me apareció también a mí. Porque yo soy el menor de los apóstoles y no soy digno de llamarme apóstol, porque he perseguido a la Iglesia de Dios. Pero por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia no se ha frustrado en mí. Antes bien, he trabajado más que todos ellos. Aunque no he sido yo, sino la gracia de Dios conmigo. Pues bien; tanto ellos como yo esto es lo que predicamos; esto es lo que habéis creído.*” Corintios 15, 1-11. La vocación es de Dios, no es nuestro el primer paso. Hace digno lo indigno y puro lo impuro. Él nos hace pescadores, hombres libres, apóstoles. **Quema con su fuego para que arda nuestra vida.** Nos separa al elegirnos, para hacernos portadores de su luz y su esperanza.

El Sexto paso: Dios nos hace soñar con lo imposible: “*No temas; desde ahora serás pescador de hombres*”. Jesús pone en sus corazones sueños grandes. Decía **Nelson Mandela:** “*Aprendí que el coraje no era la ausencia de miedo, sino el triunfo sobre él. El valiente no es quien no siente miedo, sino aquel que conquista ese miedo.*” Pedro vence el miedo, igual que el profeta, igual que todos los santos y mártires, al pensar en el sueño de Dios para él. **María refleja la luz que nos hace soñar y superar el miedo que nos atenaza. Porque muchas veces experimentamos que es difícil soñar.** Y para seguir a Jesús es necesario soñar alto, soñar con las cumbres y las estrellas. En la película **Invictus Nelson Mandela**, nuevo presidente en Sudáfrica, lucha por unir su país. En un momento dado pregunta: “*¿Cómo podemos soñar con algo grandioso cuando no tenemos nada por lo que soñar? ¿Cómo hacer soñar a todos cuantos nos rodean?*” Puede ser que, con frecuencia, perdamos la esperanza y dejemos de soñar o nos conformemos con un mínimo para sobrevivir. Hoy María, portadora de la luz de Cristo, nos hace mirar con una esperanza nueva y soñar con un mundo nuevo. **Ella no deja que nos quedemos en el mínimo, nos invita a tomar decisiones importantes, hace que creamos en lo imposible.**

El Séptimo paso: La decisión está en nosotros, sólo de nosotros depende. Mandela nos recita una poesía aplicada a su vida: “*Doy gracias al Dios que fuere por mi alma inconquistable. Soy el amo de mi destino, soy el capitán de mi alma*”. En nosotros está la posibilidad de elegir y optar, de seguir un camino u otro. **S. Pablo** recoge el fundamento de su seguimiento a Cristo: “*Os recuerdo, hermanos, el Evangelio que os proclamé y que vosotros aceptasteis, y en el que estáis fundados, y que os está salvando, si es que conserváis el Evangelio que os proclamé; de lo contrario, se ha malogrado vuestra adhesión a la fe. Porque lo primero que yo os transmití, tal como lo había recibido, fue esto: que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; que fue sepultado y que resucitó al tercer día, según las Escrituras; que se le apareció a Cefas y más tarde a los Doce; después se apareció a más de quinientos hermanos juntos, la mayoría de los cuales viven todavía, otros han muerto.*” La única razón, Cristo crucificado. Él lo hace capaz de darlo todo. Sabemos que de nuestra decisión depende lo que suceda en nuestra vida. Los pasos que damos los damos sabiendo sus consecuencias. Hoy queremos responder como Pedro, como Pablo, como Isaías. Nos sabemos pequeños pero confiamos. Ojalá podamos recorrer paso a paso el camino descrito y ver dónde ponemos barreras, dónde nos falta fe y confianza. **Dios nos dice que Él se encarga, que Él nos hará pescadores de hombres. Y, nosotros, respiramos tranquilos, porque así la barca navega mar adentro, guiada por sus manos.**